MI RECUERDO DE DON MANUEL

Para Federico Sopeña, que tanto le quiso y tan bien le recuerda.

COMENZARÉ con un tópico de circunstancias: vivir humanamente sobre la tierra es, entre otras cosas, hacer algo recordando y esperando; aunque ese hacer consista a veces en quedarse uno a solas consigo mismo o en contemplar imaginarias musarañas. Soy un fuí, un seré y un es. ¿Cansado, como de su propio ser decía, entre sincero y camastrón, el más sentencioso Quevedo? Unas veces sí y otras no; todo depende de cómo andan entonces los humores, y de lo que entonces uno recuerda, y de lo que entonces uno teme o espera.

Ahora recuerdo a don Manuel Gómez Moreno, uno de los grandes viejos de España con cuya amistad, sin mayores merecimientos por mi parte, me ha sido dado honrarme: y era tal la vida que irradiaba la persona de don Manuel, que aunque le recuerdo después de habernos dejado para siempre, y aunque la presencia o la evocación de la muerte muevan antes a la pensativa melancolía que a la exaltación animosa, en modo alguno, recordándole, puedo sentir cansado mi ser propio. Ceder ahora al cansancio sería una especie de traición a quien tan quijotescamente quiso y supo vivir prefiriendo siempre el camino a la posada.

Decían los antiguos que el recuerdo de lo vivido puede perdurar en nosotros bajo forma de hábito o bajo forma de especie. ¿Cuánto debe lo que en mi persona es hábito, modo permanente de ser, al trato directo o lectivo con don Manuel Gómez Moreno y con los que a él pueden equipararse? Mucho; y si algún día llegase yo a escribir mi modesta etopeya, ese habría de ser uno de sus capítulos principales. Pero ahora no se trata de esto; ahora sólo se trata de rememorar al hombre Gómez Moreno, según los aspectos de su

realidad que yo conocí y que más viva y hondamente ha conservado mi alma; y aún de menos, porque voy a limitarme a evocar algunos de los momentos en que yo ví mostrarse esa realidad suya de un modo más auténtico y ejemplar. Quiero hablar, en suma, no de lo que en mí recuerdo de don Manuel es hábito de mi vida, cotidiana manera de ser, sino de lo que en ese recuerdo es especie de mi mente, imagen dotada de figura neta y describible. Entre tantas imágenes posibles, cuatro.

«La» Academia y «mi» Academia.

Conocí a don Manuel Gómez Moreno con motivo de los actos de homenaje que en el entonces todavía habitado caserón de la calle de San Bernardo fueron tributados, por iniciativa mía, a varios de los hombres que antes de 1936 habían sido grandes maestros de la Universidad Central. Uno de los que nos honró permitiéndonos que nosotros le honráramos fue don Manuel, y Sánchez Cantón, a la sazón decano de la Facultad de Filosofía y Letras, supo dar cumplida expresión al sentir común. Pero tratarle, lo que se llama tratarle, no comencé a hacerlo hasta que, tras mi ingreso en la Academia Española, semanalmente convivimos él y yo en sus sesiones ordinarias.

Para mí y para muchos, «la» Academia por antonomasia es la Española. También para don Manuel, que por tantos y tan relevantes méritos en ella tenía audiencia y casa propias. Mas, para él, su verdadero hogar académico estaba en la calle del León, y así me lo confió un día: «Vengo aquí muy a gusto: pero *mi* Academia, usted ya me entiende, *mi* Academia es la de la Historia. Mis más nítidos recuerdos de la vida académica de nuestro eminente compañero, se refieren, sin embargo, a la Española, y a ellos quiero ahora ceñirme.

Uno domina sobre todos los demás: el pasmo. Aquel pasmo que hacía sentir su exhaustivo y exactísimo dominio del léxico correspondiente a los tres más anchos dominios intelectuales de su rica vida interior, la historia del arte, el pormenor de tantos oficios artesanos — el del albañil, el del tejedor, el del alfayate, el del cantero — y el habla inagotable de su tierra granadina. Qué insigne privilegio y qué natural maravilla ver y oir a don Manuel, apoyado

sobre el mínimo andador de alguna papeleta o sólo sobre su fabulosa memoria visual, porque visual y plástica era en su mente la significación de las palabras, cuando con nerviosa, mas nunca vacilante sencillez, tan concisa y precisamente nos iba descubriendo y definiendo términos siempre sabrosos, técnicos unos, populares otros, que por el cauce de sus labios surgían o resucitaban en el aire penumbroso de aquel salón de sesiones desde las páginas de un viejo libro, los diarios coloquios de un viejo taller o los entresijos de una vieja charla familiar o campesina. Con pasión mental y con pasión visceral amo este idioma con que día a día voy haciendo de mí el hombre que yo soy. Pues bien: uno de los más delicados regalos que ha recibido ese amor mío era el de ver y oir algunos jueves cómo don Manuel Gómez Moreno iba mostrando la excelsa y humilde opulencia interior de la lengua que diariamente hablo y escribo.

No todo fue pasmada audición en mi semanal relación académica — semanal y jovial, porque el de Jove es su día — con nuestro don Manuel; en ella hubo también coloquio, y a través de éste, de cuando en cuando, mi encalabrinado descubrimiento de otro de los rasgos más personales de su alma: su vivísima y siempre abierta curiosided intelectual por todo lo que de cerca o de lejos, en el subsuelo o en la superficie, se relacionase con alguna de las muchas disciplinas históricas en que él era maestro. ¿Cómo olvidar aquel día en que me honró pidiendo mi opinión personal — concediéndome generosamente, por tanto, una autoridad harto superior a la bien escasa que yo poseo — sobre su *Adán y la prehistoria,* libro en que él, a su relampagueante manera de varón intuitivo, animosamente intentaba conciliar el espíritu del Libro en que tan hondamente creyó y la letra de los libros que tan por lo menudo conocía? ¿Y cómo no recordar, pasando del ancho saber y el profundo creer al fino sentir, el pequeño descubrimiento policíaco a que la observación de un mínimo rasgo de la conducta de don Manuel hace años me condujo?

Como ésta de la Historia, pero más seco en la parte sólida y más espirituoso en la líquida, la Academia Española ofrece a sus miembros, previamente a cada sesión de trabajo, un parvo refrigerio vesperal. No era don Manuel uno de los primeros en acercarse a la mesa ostensoria; pero sí solía ser uno de los últimos, tal vez el último, en abandonar la querencia de su ruedo. ¿Por qué? Poco

a poco fuí descubriéndolo, y debo confesar que para grave perplejidad mía. En el momento de separarse de la mesa para entrar en el salón de sesiones, don Manuel, muy disimuladamente, tomaba un par de pastas y las metía con rapidez en el bolsillo de su chaqueta. ¿Pequeña y secreta gula senil? Así — *mea culpa* — lo fuí pensando algún tiempo. Hasta que un día pude saber que el destino de aquellas pastas misteriosamente escamoteadas por las manos del maestro, tan diestras en tomar o tocar con exquisitez supremas obras de arte, era la boca, tal vez poco avezada a dulzuras, de los niños del portero de su casa. Grande, insigne, delicado don Manuel.

La pasión y la paciencia.

El recuerdo no tiene ahora por marco un salón académico, sino el domicilio de nuestro admirado compañero. Fuí una tarde a verle y su fidelísima Margarita — tantos años devota servidora suya; más tarde veremos de qué modo y hasta qué punto — me llevó directamente a la estancia de trabajo de don Manuel.

Muchos la recordais con más facilidad que yo, sólo muy directo y adventicio discípulo del gran maestro. Una amplia mesa, llena de los diversos objetos que su trabajo, su vocación y su estudio le hacían tener junto a sí. Sobre ella, una de aquellas lámparas de tulipa cónica y verde que una polea y un contrapeso permitían subir y bajar a tenor de lo que la pesquisa en cada momento exigiera. En torno a ella, una parte — la que en aquella habitación cabía — de las mil y una piezas artísticas que sus constantes andanzas, su enorme saber y sus muchos años le habían permitido atesorar. Y junto a ella, sentado en ancho sillón, franca la sutil y penetrante mirada, luciente el bien iluminado cráneo, corva la nariz, puntiaguda la blanca barba y en los labios aquella sonrisa entre bondadosa e irónica — la sonrisa de quienes saben estar a la vez de vuelta y de ida —, el propio don Manuel. ¿Verdad que, visto así, tenía en su figura cierto airecillo de nigromante morisco? Sí: pero de nigromante al revés; porque si la nigromancia o necromancia es en sentido recto la apelación a los muertos para adivinar el futuro, como la de Ulises cuando llamó a la sombra Tiresias y la de Saúl cuando quiso interrogar al espíritu de Samuel, la del sabio e historiador don Manuel sólo pretendía adivinar el pasado, y para

ello él traía una y otra vez ante sí algo de lo que muertos remotos trazaron o labraron durante su vida: unas extrañas letras, una estatuilla, una vasija, un trozo de paño, un lienzo pintado.

Nigromante al revés, adivinador del pretérito a través de sus reliquias humanas estaba siendo aquella tarde nuestro eximio investigador. Cuando yo entré en su despacho, acababa de dejar sobre la mesa la lupa con que examinaba una lasca de pizarra; una de las pizarras visigodas cuyos enigmáticos signos fue el primero en descifrar. «¿En qué anda usted metido, don Manuel?», le pregunté al sentarme frente a él. «Ya lo ve — me respondió llanamente —: estoy dando término a un trabajo que empecé hace cincuenta años». Y, efectivamente, pocos meses más tarde la Academia de la Historia publicaba el resultado de esa estupenda y semicentenaria faena de adivinación.

«Estoy dando término a un trabajo que empecé hace cincuenta años». En esta tierra de volatineros e improvisadores del quehacer científico, entre tantos y tantos hombres para quienes la ciencia sólo viene a ser un rápido e inescrupuloso tránsito vital hacia la más inmediata conveniencia, ¿no es cierto que uno así se alza como un gigante, aunque sea, como era don Manuel, corto de talla, y que esa frase suya debería estar grabada en todas nuestras bibliotecas y en todos nuestros laboratorios y talleres? «Cuando un aragonés se decide a tener paciencia, que le echen alemanes», exclamó una vez Cajal. Otro tanto hubiera podido decir este granadino; e incluso con razón más honda, porque el tal granadino era de condición vehemente, y por tanto menos nativamente dotado para aunar dentro de sí la pasión — porque nada importante se hace sin ella — y la paciencia.

«La obra genial — dicen que dijo ese mayestático proveedor de citas y sentencias a quien llamaban Juan Wolfgango Goethe — es la suma de un veinticinco por ciento de inspiración y un setenta y cinco por ciento de transpiración». En definitiva, y sea cualquiera el porcentaje de cada ingrediente, inspiración, por una parte, y pasión capaz de hacerse paciencia, por otra. Diez, veinte, cincuenta años de paciencia tras la chispa de la primera intuición o en busca de la chispa de la intuición última. Ante mí, eso era entonces el hombre cuya respuesta a mi pregunta debiera hallarse estampada a la puerta de todas nuestras bibliotecas y sobre los muros de todos nuestros laboratorios y talleres.

Ver y volver a ver.

Un viernes, hacia las ocho y media de la mañana — a esa hora solía él hacerlas, porque algo más tarde había de salir hacia el Hospital —, una llamada telefónica de don Gregorio Marañón.

—Laín, ¿pueden venir usted y su mujer a Toledo, el domingo próximo?

—Nada más gustoso para nosotros, don Gregorio.

—Magnífico. Yo les iré a recoger a media mañana. Vendrán también don Ramón y don Manuel. Les reservo una sorpresa.

Don Ramón y don Manuel; Menéndez Pidal y Gómez Moreno, claro. Pasar todo un día con ellos dos y don Gregorio, ¿no era ya, sin necesidad de sorpresas como señuelo o adehala, uno de los más preciados regalos que en nuestro siglo hayan podido hacerse a un español exigente y sensible? Ese fue mi constante e impaciente sentir desde el tal viernes hasta el domingo de la cita.

Llegó puntual don Gregorio, nos fue contando recuerdos y sucesos personales desde la calle de Serrano hasta el cigarral de los Dolores, y allí nos juntamos sus invitados para conocer la sorpresa que nos estaba reservada en Toledo. No era esta chica; porque se trataba, ahí es nada, de contemplar juntos en la sacristía de la Catedral algo que ni el mismísimo Angel Guerra pudo soñar: la apertura del feretro que guarda los restos mortales del rey Sancho IV de Castilla.

No era para don Gregorio novedad este fúnebre espectáculo, porque él había podido asistir al primer descubrimiento de esos restos: sí lo era, aunque de bien distinto modo, en lo que a mí tocaba, para los tres espectadores restantes. Para don Ramón y don Manuel, tan magistralmente familiarizados con nuestra Edad Media, ver aquellos seculares despojos del hijo del Alfonso el Sabio resultaba algo así como confirmar lo que ellos ya conocían: casi, casi, como encontrarse de nuevo — muerta ya, convertida en piel y hueso consumido — con una persona hace mucho tiempo tratada y hace mucho tiempo no vista. Sobre todo, para el vivaz e intuitivo don Manuel. Don Ramón callaba, con su mansa serenidad de gran lago tranquilo, y — para decirlo con la insuperable expresión del Evangelio — guardaba todo aquello en su corazón. Don Manuel, claro está, también atesoraba imágenes y emociones, pero no con

el callado sosiego de su conmilitón y coetáneo, sino moviéndose inquieta, casi alborotadamente de uno a otro lado del féretro, acercando sus ojos a los deshilachados paños sin lustre que cubrían la real osamenta, señalando con sus dedos los chapines de sólo adivinado terciopelo en que aquéllos carcomidos pies, tan andariegos y ardidos durante su lejana vida, tenían ahora parda mortaja. Aún estoy viendo los ágiles movimientos en que se expresaba la emoción del gran historiador, aún estoy oyendo las palabras con que él, tan excepcional conocedor de paños, ropas y paramentos antiguos, a todos los restantes, don Ramón incluido, nos dió ese día una improvisada, inimitable, irrepetible lección.

También yo veía, oía, callaba, sentía y pensaba. Pensaba a mi modo en las tres realidades que soberanamente dominaban, fundidas entre sí, aquélla escena única: la vida, la muerte y la historia. Y en medio de la grave meditación, porque grave era, aunque no fuese importante, sentía la egregia distinción de contemplar los despojos mortales de un rey de Castilla al lado de don Manuel, don Ramón y don Gregorio. Una hora estelar, diría algún aficionado a la retórica celestial.

Tras la visita funeraria, el yantar en el comedor del Cigarral, con las toledanas perdices como cumbre, los dulces toledanos como contera, la señorial hospitalidad de nuestro anfitrión como marco y la excepcional compañía de aquellos dos jóvenes octogenarios como presea. Y tras el yantar, el recorrido conjunto por Toledo, para ver de nuevo piedras, ladrillos, yesos, callejas, rincones y cuadros nunca bastante vistos y, sobre todo, para admirar otra vez, ahora en pleno despliegue, el saber inmenso y la vitalidad inagotable de don Manuel. El fue, sin duda alguna, el héroe de que aquella jornada inolvidable. ¿Ante qué piedra, ladrillo, yeso, calleja, rincón o cuadro no dijo él, yendo rápido de un lado a otro, como el buen perdiguero ante la pieza segura, lo que sólo él tan directa y acabadamente sabía? ¿A qué escalón o plinto no subió, qué columna o pilastra no rodeó, qué capitel o moldura no descifró? Ese día aprendí yo lo que en realidad es el gozo de ver, cuando éste, luego de un largo y ávido viaje de la mente por las tierras de la sabiduría, se realiza al fin como un volver a ver. O, si así lo queréis, cuando en el seno más íntimo de la mirada se funden entre sí gozosamente el descubrimiento y la confirmación.

Un sabio de España.

Tan pronto como tuve noticia de la muerte de don Manuel, acudí a su casa. Ya centenaria, la vida del sabio había ido extinguiéndose como por junio se extinguen los arroyos serranos. Un delgado, casi inaudible arroyico de sonido llegó a ser su voz; un hilillo sonoro sólo descifrable, gracias a ese sobresentido que da el amor materno — menguada hija, la que en su madurez no sabe ser madre de sus padres — por los oidos zahoríes de María Elena, Natividad y Carmen. Y al fin, la muerte, muy próxima a ser pura, definitiva, casi imperceptible dormición, cuando la poca vida restante ya se le iba haciendo carga y no don.

Me recibe María Elena, sencilla, serena y afable. Su esperado dolor — ese dolor delgado y empapante que sólo aciertan a ver quienes con su mirada saben atravesar el espejo de la pupila ajena — se le transfigura en amabilidad, una amabilidad dulce y suavemente contenida. Así recibirían la muerte de un ser querido los más finos y cabales cristianos de las catacumbas.

—Quiero ver el cadáver de tu padre.

—Ven conmigo.

Ya en su féretro, ahí está el cuerpo muerto de don Manuel; y mirándole en silencio, cada uno consigo mismo y con su personal recuerdo del difunto, pero dentro los dos de esa grave y misteriosa solidaridad sacral que desde el fondo de nosotros mismos hace nacer el espectáculo de la muerte, María Elena y yo. El rostro de don Manuel es una acabada talla de marfil; quien tan rendidamente amó al arte, le ha pagado ahora último tributo haciéndose él mismo obra de arte. Sobre su pecho, unos ramos de jara, cuyas blancas flores comienzan ya a marchitarse; toda una noche llevan regalando vegetal vestido serrano, a través del blanco sudario, a la carne sin vida de don Manuel. Habla María Elena con voz clara y llana, para decirme palabras en que se juntan la devoción y la noticia.

—Acaso te extrañe ver estas jaras florecidas sobre el cuerpo de mi padre. El adoraba las jaras en flor. Ayer, cuando le amortajábamos, recordé esto y llamé a Jímena, para que me trajese unos ramos de su huerto de Chamartín. Pero estas jaras no son de Chamartín, son de la Sierra. Margarita, nuestra antígua criada, oyó mi llamada y la interrumpió casi con ira. Como una de nosotras quería

a mi padre. «¿Es que usted pensaba, señorita, que a mí se me iba a pasar esto? Las jaras están encargadas y pronto las tendremos aquí. Vendrán de la Sierra y con flor nueva, no como las de Chamartín, que por este tiempo ya estarán mochas de flor». Y así fue. Margarita, que solía ir los domingos a la Sierra en la camioneta de unos amigos, había encargado a éstos que trajesen jaras bien florecidas para el cadáver de mi padre. Estas son.

Más que nunca, don Manuel era ante mis ojos un sabio de España. Todos los múltiples sentidos de la preposición «de», esos que tan azorantemente se nos acaballan, en ocasiones, a los aprendices de escritor, se fundían ahora en esa trivial expresión: «sabio de España». De España, por la materia de su ancho y múltiple saber. De España, por la filial relación de su sangre y su vida con este áspero fragmento peninsular de la Tierra Madre. De España, por su personal y tan hispánica manera de ser sabio. De España, porque ésta, conclusa ya la obra ingente de su hijo, la tomaba para sí, para su propia historia, y la situaba en una de sus más íntimas y calladas estancias, esa que entre nosotros ocupan los héroes del saber. De España, en fin, porque con aquellos ramos de jara florecida le estaba rodeando lo más finamente español de la piel de nuestros montes y lo más finamente español del corazón de nuestro pueblo. Grande, múltiple, profunda verdad, esa que yo tenía entonces ante mí, bajo especie de limpia talla marfileña: don Manuel Gómez Moreno, sabio de España.

PEDRO LAIN ENTRALGO.